

DAMETAS.

¡Qué maganto mi toro y mal traído,
Que está en el fértil y abundoso prado!
El mismo amor que así lo ha consumido,
A su pobre pastor ha maltratado.

MENALCAS.

El amor no conocen mis corderos,
Y en los huesos están de extenuados:
Yo no sé quién con ojos traicioneros,
Para mi mal, los tiene fascinados.

DAMETAS.

Adivíname dónde, y ciertamente
Cual Apolo por mí serás tenido,
A tres codos de espacio solamente
El cielo ven los ojos reducido.

MENALCAS.

Adivíname dónde, y los favores
Tan solo tú de Filida recojas,
Con los nombres de reyes nacen flores,
Cual si fuesen escritos en sus hojas.

PALEMON.

Para tal decision no hay en mí ciencia.
Tú del premio eres digno, y tú igualmente;
Y el que de amor evite la influencia,
Como el que su rigor experimente.
Cesad ya vuestro canto melodioso,
Que aun el mismo placer pide reposo.

ÉGLOGA CUARTA.

MARCELO.

Cantemos ora, oh musas sicilianas!
En acentos más nobles y elevados,
Que no siempre el cantar de las lozanas
Flores complace y los humildes prados;
Y aunque tambien las selvas celebremos,
Que del Cónsul sean dignas procuremos.

La postrimera edad ya está cumplida,
Que anunció la Sibila á los humanos.
Largos siglos de paz no interrumpida
A los tiempos se avanzan más lejanos.
Renuévase la tierra, que regida
Vuelve á ser de los dioses soberanos:
Y de la altura un pueblo esclarecido
Baja á habitar el mundo corrompido.

Mas tú, casta Lucina, favorece
Del infante precioso el nacimiento,
Por quien la edad de hierro desaparece,
Y vuelve á verse de oro el opulento

Siglo, do sola la virtud florece.
 Vigila, sí; ¡oh Lucina! ni un momento
 Apartes de él tu bienhechora mano,
 Que reina Apolo ya, tu sacro hermano.

Tu feliz consulado tanta gloria,
 ¡Oh Polion ilustre y generoso!
 Verá nacer, y lo dirá la historia.
 Bajo tu mando el crimen horroroso
 Huye, y con él perece su memoria
 En el mundo por siempre venturoso:
 Y verás renacer los grandes meses,
 Ricos sin tasa en abundantes mieses.

Que el bello Augusto infante ha recibido
 Su aliento de los dioses celestiales:
 Veráse entre los héroes admitido,
 Y á él lo verán tambien los inmortales.
 El mundo en alma paz será regido
 Por las virtudes que hubo paternas.
 Y al fin de veinte siglos tal ventura
 El tiempo por gozarla se apresura.

Y sus dones primeros de su grado
 La madre tierra, sola y sin cultura,
 Ha de ofrecerte, niño afortunado:
 Do quier verás nacer en la espesura,
 Con el nardo silvestre sonrosado,
 La yedra, que del olmo se asegura;
 Y el acanto mezclado á las tempranas
 Rosas, y flores de habas egipcianas.

Sus ubres llenas de licor sabroso
 Las cabras tornarán á la majada.
 Pacerá con los lobos en reposo

La ovejuela. Veráse aniquilada
 Toda yerba de jugo venenoso:
 La serpiente veráse exterminada.
 Flores tu misma cuna darte espera,
 Y el sirio amomo nacerá do quiera.

Mas cuando de tus ínclitos mayores
 Leas los hechos, y el laurel triunfante
 Que á los héroes decora y sus loores,
 Y la verdad inquietas anhelante;
 El campo irá perdiendo sus verdores,
 Y en miés dorada brillará ondulante.
 Dará el vallado inculto uva madura,
 Y miel destilará la encina dura.

Aun, empero, vestigios desgraciados
 De la impureza antigua habrán de hallarse.
 Quien surque habrá los mares encrespados,
 Y aún ose en tabla débil engolfarse;
 Y quien ciña de muros elevados
 Ciudades, para en ellas refugiarse:
 Y de la tierra el seno no agotado
 Habrá quien rompa con el fuerte arado.

De otro Tifis la diestra vigilancia
 En otra Argos será, que á Colcos lleve
 Otros héroes tambien, cuya constancia
 A la par de los dioses los eleve.
 Llevaráse la guerra á gran distancia
 Para vengar otra traicion aleve:
 Y en Pérgamo su saña furibunda
 Mostrará Aquiles por la vez segunda.

Pero así como fueres adornado
 De la toga viril, el marinero

No volverá á surcar el ponto airado;
 Ni el mercader avaro de dinero
 Lo irá á buscar del mar al otro lado,
 Viviendo en todas partes extranjero;
 Porque la tierra con igual largueza
 Verterá por do quiera su riqueza.

No uncirá el labrador más sus novillos,
 Que verá envejecer en la pradera;
 Ni igualarán el campo los rastrillos;
 Ni la yid sufrirá la podadera;
 Ni á la lana los tintes falsos brillos
 De colores darán, que no tuviera:
 Que mudará el carnero por los prados
 Su vellon en colores variados.

Y así, unas veces se verá teñido,
 Ya de color púrpura agradable,
 Y ya otras veces de azafran subido;
 Y el vel'on del cordero de apreciable
 Escarlata veráse enrojecido.
 Concordes al decreto irrevocable
 De los hados, las Parcas presurosas
 Épocas aceleran tan dichosas.

¡Oh de los dioses vástago glorioso!
 ¡De la estirpe de Jove claro aumento!
 El sacro lauro de ceñirte ansioso
 El orbe ve acercarse ya el momento;
 Y presintiendo tiempo tan dichoso
 Rie natura. Mira el raudó viento,
 La inmensa tierra, el piélagó profundo;
 Mira en sus ejes conmoveirse el mundo.
 ¡Oh si pluguiese al cielo bondadoso

Darme cantar en mi vejez doliente
 Tus hazañas en estro numeroso!
 A Lino yo venciera fácilmente;
 Venciera al tracio Orfeo tan famoso,
 Y el lauro arrebatara de su frente.
 Si el mismo Pan conmigo contendiera,
 Vencido á Pan la Arcadia conociera.

Mira cuál te sonrie, oh pequenuelo,
 Tu madre, que fatigas molestosas
 Diez lunas padeciera y desconsuelo,
 Hasta verte en sus brazos do reposas;
 A conocerla en infantil anhelo
 Empieza por sus risas cariñosas;
 Que las deidades no le son propicias
 Al que los padres niegan sus caricias.

ÉGLOGA QUINTA.

DAFNIS, MENALCAS, MOPSO.

MENALCAS.

Pues que juntos estamos y contentos,
Oh caro Mopso, todo nos convida
A divertir agora estos momentos:
Sentados á la sombra apetecida
De aquestos bellos olmos y avellanos,
A tu flauta mi voz sonará unida.

MOPSO.

Tú manda, que mis años tan tempranos
A tu voz están prontos, y es debido,
Aunque parezcan cumplimientos vanos.
Y bien aquí, so el valladar florido,
Do el céfiro las sombras bambolea
Con movimiento incierto, repetido;
O iremos á la gruta que rodea,
Cual ves, la vid silvestre, cuya entrada
Con sus claros racimos hermosea.

MENALCAS.

Sólo la voz de Amintas, tan loada
En nuestros campos, competir pudiera
Con la tuya, tan dulce y delicada.

MOPSO.

¿Qué mucho que cantando me excediera
Quien á Febo presume superara,
Si con el mismo Febo compitiera?

MENALCAS.

Empieza, pues, y de tu Filis cara
Los amores entona, ó del flechero
Alcon cretense la destreza rara;
O de Codro el combate lastimero
En que á la muerte se ofreció. Ya empieza,
Que tu rebaño guardará el vaquero.

MOPSO.

Antes de aquestos versos la belleza
Quiero experimentar, los que grabando
Ora estuve de un haya en la corteza;
Y al tiempo que los iba modulando
Los fuí poniendo en orden cadenciosa;
Y Amintas venga á competir cantando.

MENALCAS.

Cuanto al espliego la brillante rosa,
Cuanto pálida oliva al sauz supera,
Tanto tu voz á Amintas melodiosa.

MOPSO.

Déjate de eso, y que te cante espera,
Pues en la gruta estamos, con doliente
Voz de Dafnis la muerte lastimera:
De Dafnis el pastor, muerto cruelmente,

Las sacras Ninfas con copioso llanto
El caso lamentaban tristemente.

Y vosotros testigos sois de cuánta,
Arboles y arroyuelos de esta vega,
Su desgracia sembró de horror y espanto.

Y cuál la tierna madre al hijo llega,
Y abrazada del cuerpo ensangrentado,
Culpa á los Dioses y al dolor se entrega.

A pacer no salió ningun ganado
Aquellos dias, ni el cristal luciente
De las fuentes tampoco fué enturbiado:

Ni las bestias probaron la naciente
Gramma sabrosa, ni bajar se vieron
A beber del arroyo en la corriente.

A tu muerte, ¡qué más! Dafnis, gimieron
Los leones africanos, y el gemido
Los montes y las selvas repitieron.

Tú enseñaste á llevar al tigre uncido,
Tú el enramar las lanzas has mostrado,
Y á Baco el culto dar que le es debido.

Como el toro es la gala del ganado,
Y como la abundante miés madura
La esperanza del campo cultivado;

Como la uva á la vid le da hermosura,
Y del olmo la vid es alegría;
De los tuyos tú así lustre y ventura.

Desque te arrebató la Parca impía,
Palas y Apolo en el instante huyeron,
Nuestros campos dejando y compañía.

Y los surcos, que opimos prometieron
Mieses maduras, grandes y abundosas,

De vallico y cizaña se cubrieron.

Y en lugar de violetas olorosas,
Y del albo narciso y purpurado,
Brotan cardos de puntas espinosas.

Sembrad ramos y rosas por el prado;
Poned sombra á las fuentes, oh pastores,
Que así Dafnis dispone ser honrado.

Erigidle aquí un túmulo, y con flores
Adornadlo, y en él esté esculpido
Este verso que diga sus loores:

YO SOY DAFNIS, ZAGAL MUY CONOCIDO
EN LAS SELVAS, Y AL CIELO LUMINOSO
LLEGA MI FAMA Y NOMBRE ESCLARECIDO:
DE HERMOSA GREY PASTOR MUY MAS HERMOSO.

MENALCAS.

Cual el cansado el sueño en verde grama,
Y el sediento en venero cristalino
Matar la sed en el estío ama,

Tal á mí tu cantar, vate divino,
Que en el tocar no sólo has igualado,
Mas tambien en el canto peregrino

A Dafnis tu maestro tan amado;
Y solo hora ya tú serás tenido
En su lugar, zagal afortunado.

Mas yo tras tu cantar tan dolorido,
A mi vez estos versos decir quiero,
Que tambien de tu Dafnis fuí querido.

Y entonando su elogio postrimero,
Cual pudiere veráslo sublevado
A los astros en verso placentero.

MOPSO.

¿Qué á nosotros más digno? Celebrado
Merece ser en verso sonoroso,
Y Estimicon tus versos me ha loado.

MENALCAS.

El olimpo recibe á Dafni hermoso,
Y á sus plantas admira las estrellas,
Circundado de rayo luminoso.

Allí otros prados goza y Driades bellas,
Y otro Pan y pastores le acompañan,
De otro rebaño allí sigue las huellas.

No allí los lobos al ganado dañan,
Ni en las tendidas redes insidiosas
Jamás los ciervos tímidos se engañan.

Ama el bondoso Dafnis las frondosas
Selvas y ocio campestre, y su ventura
Las Ninfas ya con voces victoriosas

Proclaman, y del bosque la espesura
Resuena *Dafni es dios*. Y el eco alado
Del monte lo repite en la llanura.

Sé propicio á los tuyos, Dafni amado:
Vé cuatro aras aquí: dos te destino;
Las otras dos á Febo he consagrado:

Y de aceite dos vasos determino
Ofrecerte cada año, y de espumosa
Leche dos tazas y otras dos de vino.

Mas sobre todo, en mesa deleitosa,
En el estío bajo el olmo añoso,
Y junto al fuego en la estacion nevosa,

Tu nombre aclamarémos poderoso,
Y entre el placer del vino y su ambrosía

Te entonaremos cántico glorioso.
 De Dametas la dulce melodía
 Unida á la de Egon sonará luego,
 Y hará más bello tan hermoso día.
 Alfesibeo vendrá, y á nuestro ruego
 Imitará los sátiros saltando
 Con trisca y bulla y agradable juego.
 En tu honor estas fiestas celebrando
 Iremos siempre en primavera amada,
 Cuando las Ninfas vamos implorando.
 Y cuando con la víctima sagrada
 Nuestros campos purguemos reverentes,
 En derredor tres veces paseada.
 Miéntas que de los montes las vertientes
 El jabalí buscare, y del tomillo
 Las abejas libaren diligentes:
 Miéntas las aguas ame el pececillo,
 La cigarra el rocío cantadora,
 Y por el prado trisque el cervatillo;
 Tu fama irá creciendo de hora en hora,
 Y tus manes en triunfo irán llevados
 Por cuanto el alto sol descubre y dora.
 Como á Baco y á Céres sus sagrados
 Votos te harán también los labradores,
 Y veránse á cumplirlos obligados.

MOPSO.

¿Qué dones he de darte no inferiores
 A versos de tal gracia y melodía,
 Tan bellos, que no pueden ser mejores?
 No me deleita así del Mediodía
 El viento que silbando se aproxima;

Ni de la ola estrellada la armonía;
 Ni el arroyo que baja de alta cima,
 Y en el valle vecino dilatado
 Va corriendo de guijas por encima.

MENALCAS.

Toma antes tú mi flauta, que ha cantado:
Se abrasaba en amor por Galatea;
 Y: *Dí, Dametas, ¿cúyo ese ganado?*

MOPSO.

Y tú este mi cayado, que es presea
 De Antígenes mil veces deseada:
 Yo la talla labré que le hermosea,
 Y de metal la punta está chapada.

ÉGLOGA SEXTA.

SILENO.

Mi musa la primera que ha cantado
En verso siciliano los pastores,
Y las selvas que ocultan sus amores;
Que Talía jamás ha desdeñado
Morar entre cabañas y entre flores.
A los héroes cantar quise algún día,
Y sus hechos en versos armoniosos,
Mas Cintio de la oreja me tiraba,
Y así me reprendía:
«A los pastores, Títiro, conviene
»Apacentar sus pingües manadillas,
»Y en sus versos tan solamente suene
»El amor de sus simples pastorcillas.»
Y desde entónces, pastoriles versos
Mi caramillo suena concertado:
Que habrá muchos, oh Varo, que en diversos
Tonos y en estro grande y desusado
Amen cantar tu gloria,

Y tus guerras tan dignas de memoria.
 Yo canto precisado
 Del dios que hora me inspira;
 Mas si alguno en tu amor apasionado
 Tu nombre, oh Varo, en estos versos mira,
 Hallará que mi musa se recrea
 En repetir tu nombre glorioso,
 Que remedado por el bosque umbroso
 Mis cantos hermosea:
 Pues á Febo fulgente
 Aquel verso le agrada y más complace
 En que tu nombre se halla escrito al frente.

Hora cantad, oh vírgenes del Pindo,
 Cómo en profundo sueño sepultado,
 Por Emnasilo y Crómis en su gruta
 El sátiro Sileno fué encontrado.
 Estaba el dios tendido,
 Como suele de Baco poseído,
 De las sagradas órgias precedentes
 Sus venas aún turgentes.
 La guirnalda no léjos de él yacía
 De su divina frente descuidada.
 Por el asa colgada
 Allí tambien pendía
 De una rama su cántara vacía.

Los zagales entónces le acometen,
 Que el sátiro otras veces los burlara,
 Ofreciendo cantarles
 Unos versos hermosos que sabía,
 Y la promesa nunca les cumplía;
 Y su misma guirnalda desliaron,

Y de piés y de manos lo ligaron.
 Empero Egle, la ninfa, en el momento
 Do estaban los zagales se presenta,
 Y á completar la burla los alienta;
 Egle, la más hermosa
 De la tropa de Náyades preciosa:
 Y al viejo, ya despierto, va y le pinta
 Las sienes y la frente
 De negras moras con sanguínea tinta.
 El, del chasco riendo,
 «¿Para qué me ligais, zagales? dice;
 »Venid á desatarme aquí corriendo:
 »A vuestro triunfo basta
 »Haberme así beodo sorprendido,
 »Y os cantaré los versos
 »Que tanto deseais y os he ofrecido:
 »Venid, pues, que mis versos solamente
 »Serán para vosotros: á Egle guarda
 »En recompensa de su travesura
 »Otro premio más digno mi ternura.»
 Y al punto comenzó, y al canto suyo
 Los leves faunos de tropel vinieron,
 Y las fieras, dejando sus guaridas,
 De su canto atraídas,
 Para escucharle en torno se pusieron.
 Las encinas añosas insensibles
 Agitaban sus copas inflexibles.
 ¡Qué más he de decir! Ni el mismo Apolo
 Oyó nunca tan grata melodía
 Del Parnaso en la sacra compañía;
 Ni el Ródope, ni el Ismaro famosos

Cuando dulces conciertos armoniosos
La cítara de Orfeo resonaba,
Que las florestas tras de sí arrastraba.

Él cantaba los gérmenes creadores
De la tierra, y del fuego, y de las aguas
Y del aire diáfano sonoro,
Que en la nada vacía se reunieron,
Y las cosas visibles produjeron;
De dó el tierno universo concretado
Se vió nacer; y cómo desde entónces
La tierra inmensurable
Comenzara de tierna y deleznable
En sólida á trocarse y consistente:
Y el Ponto juntamente
De las tierras por siempre dividido
Y á su límite eterno reducido:
Las cosas poco á poco á figurarse
Y en varias formas todas á ordenarse.
Cuál nuestro globo por la vez primera
En éxtasi admirado
Quedó, del sol reciente iluminado.
De qué manera la onda cristalina
Convertida en vapores se subleva
A la etérea region; y en nube errante
Sobre montes y várgenas y oteros
Se precipita en fuertes aguaceros.
Cómo las selvas en los altos montes
Se fueron levantando,
Y de verde esmeralda colorando
Los ámplios horizontes.
Y cómo los primeros animales

Comenzaron á errar á la ventura
Por los desiertos montes virginales,
De su instinto guiados,
Y á poblar la ancha tierra destinados.

Despues cantó la fábula de Pirra,
Y el reino de Saturno memorable.
Luégo el hurto execrable
Del hijo de Japeto, condenado
Al Cáucaso inclemente,
Do será eternamente
De carnívoros buitres devorado.

Cantó tras esto de Hilas la aventura
En la fuente perdido; y los clamores
Con que los argonautas lo llamaban,
Que en toda la ribera
«¡Hilas!» «¡Hilas!» tan solo resonaban.
Y la reina de Creta: ¡venturosa,
Si nunca las vacadas existieran,
Y de un blanco novillo enamorada
Torpemente las gentes no la vieran!
¡Oh jóven infelice! ¿Qué locura
Pervierte tu ternura?
Si las hijas de Preto delirantes
De Argos los campos con falaz mugido
Llenaron, sucumbiendo
Alguna no hubo al trance abominable
De tan feo concúbito execrable;
Aun cuando su cervíz temió oprimida
Del duro arado á la conyunda asida;
Y aunque continuamente recelara,
Que su frente donosa,

Cual novilla briosa,
 De dos cuernos fortísimos se armara.
 ¡Oh Pasifae infeliz! Tú por los montes
 Vagas inquieta; y él envanecido
 En su hermosa blancura
 Bajo la encina oscura
 Reposasegado;
 Y en insensible indiferencia rumia
 La verde yerba que comió en el prado;
 O bien, tras el rebaño numeroso
 A tu odiada rival sigue celoso.
 Cerrad, ninfas, los bosques;
 Cubrid los prados ya, ninfas dirceas:
 No quiero más mirar la huella errante,
 Que me destroza el corazón amante:
 Puede ser que atraído
 De la verde, abundosa y fresca yerba,
 O quizá con las vacas engreído
 Los rebaños siguiendo,
 Como otras veces suele, ya camina
 A los establos frescos de Gortina.
 También cantó la joven Atalanta
 De Hipomene vencida en la carrera,
 Por las manzanas de oro, que le diera
 Venus su valedora
 De aquel jardín famoso, que postrero
 Febo al morir con su fulgor colora.
 Y las hermanas de Faeton, ceñidas
 De una amarga corteza en verde musgo,
 Y en álamos esbeltos convertidas.
 En fin, cantara que una de las musas

Desde el río Permeso á Galo errante
 A las cumbres de Aónia condujera;
 Y cómo el sacro coro en el instante,
 Que vió el vate famoso,
 Se levantó á su aspecto respetoso.
 Entónces Lino, cuya sien en torno
 Ciñe corona de preciosas flores,
 Pastor que fué de verso soberano
 Entre todos los Árcades pastores,
 En su adestrada mano
 Una flauta le pone sonora,
 Y así le dice en voz armoniosa:
 «Recibe aquesta flauta que las musas
 »Conceden á tu mérito eminente;
 »La misma que otro tiempo al elocuente
 »Anciano de Ascra acordes concedieron,
 »Y fáciles sus sonos atraían
 »Las fieras y las selvas que le oían.
 »Tú, del bosque Grineo el sacro origen
 »Empieza ya á cantar, y en él tan solo
 »Se agradará despues el rubio Apolo.»
 ¿Habré de referir lo que cantaba
 El viejo dios de Escila hija de Niso,
 O bien de la de Forco el caso horrible,
 De quien la fama ciega divulgaba
 Que carnívoros monstruos ladradores
 Sus ingles candidísimas ceñían
 Los mares procelosos infestando,
 Y, ¡ay! la flota de Ulises destruían,
 Sus míseros marinos devorando?
 ¿O diré de Tereo la mudanza?

De la ofendida Progne la venganza?
 El banquete inhumano que le puso?
 Y cómo el infeliz sobre sus alas
 De abubilla inocente
 Huyó veloz al páramo inclemente,
 Su palacio desierto abandonando,
 El aire leve rápido cortando?

Cuanto el dichoso Eurotas otras veces
 Oyó entonar en dulce melodía
 Al sacro rey del día,
 Sileno en fin cantara. Sus acentos
 Los valles despedían,
 Y en alas transportados de los vientos
 Los cielos á su vez los repetían.
 Mandó que las ovejas numerasen,
 Y al conocido aprisco las guiasen;
 Que el Héspero la noche conducía,
 Y prendado del canto portentoso
 Apolo luminoso,
 A su pesar ante su sombra huía.

ÉGLOGA SÉTIMA.

MELIBEO, CORIDON, TIRSIS.

MELIBEO.

Bajo una antigua encina, que movida
 Del aura inquieta blanda resonaba,
 Solazábase Dafnis, y por caso
 Tirsis y Coridon sus hatos juntos
 Al mismo prado en uno los conducen.
 Tirsis, pastor de candidas ovejas,
 Y Coridon de cabras trepadoras,
 Que sus ubres de leche reventaban.
 Apuestos ambos, y en su faz luciendo
 Brillante fir de juventud hermosa:
 De la Arcadia los dos, y ambos cantores.
 Cubriendo estaba yo mis tiernos mirtos,
 Por preservarlos de la escarcha cruda,
 Cuando el cabron morueco se extravía.
 Cuidadoso en su pos salgo á buscarlo,
 Y divisando á Dafnis, dice al verme:
 «¡Oh Melibeo! Ven acá; no temas:

»Los chotos desmandados y el morueco
 »Salvos están, y en mi poder seguros:
 »Y pues cesó el cuidado que traías,
 »Connigo en esta sombra aquí descansa.
 »Vé bajar por el prado los novillos,
 »Que á beber en el rio se encaminan
 »Hácia esta banda, donde el Mincio fértil,
 »De bulliciosas cañas coronado,
 »Su verde márgen plácido sombrea,
 »Y do de Jove la sagrada encina
 »Imprime misteriosa hondo respeto,
 »Y cargada de enjambres armoniosos,
 »Deleita al alma con susurro blando.»

No pude resistirme, y juntamente
 Un certámen famoso comenzaban
 Tirsis y Coridon, que me engrería.
 Y aunque la hora llegada de la siesta,
 Cuando los corderillos destetados
 Se separan, y Filida y Alcipe
 A encerrarlos tampoco parecían,
 Mis intereses esta vez olvido,
 Y á gozar de sus cantos me resuelvo.
 En esto el amebeo comenzando,
 Que á las diosas del Pindo tanto agrada,
 Cantó así Coridon, y tras él Tirsis:

CORIDON.

«¡Musas de mi cariño! á la voz mia
 Hoy concededle acento numeroso,
 Cual á mí Codro el canto portentoso,
 Que al almo Febo imita en su armonía:
 Mas si no me inspirais, mi flauta amada

Del sacro pino penderá colgada.

TIRSIS.

Dadme, pastores, yedra; y que reviente
 Codro de negra envidia devorante;
 Mas si falaz me alaba, en el instante
 De bácar oloroso orlad mi frente;
 Para que el nuevo vate esté á seguro
 De toda mala lengua en lo futuro.

CORIDON.

De un jabalí cerdoso la cabeza
 Y de un ciervo las astas hoy te ofrezco
 Micon; tú, Delia, al jóven favorece;
 Y en estatua de mármol tu belleza,
 De rojos borceguíes adornada,
 Al punto la verás representada.

TIRSIS.

Este cuenco de leche rebosando
 Y estas tortas cocidas anualmente,
 ¡Oh Priapo! te ofrezco solamente;
 Que es pobre el huerto que me estás guardando:
 Hora de mármol tosco estás labrado;
 De oro te haré, si aumentas mi ganado.

CORIDON.

Más cándida que el cisne y más hermosa
 Que blanca yedra, y más que miel hiblea,
 Es á mi gusto dulce Galatea;
 Si de tu Coridon estás cuidosa,
 Ven á buscarme cuando de los prados
 Al establo se acojan los ganados.

TIRSIS.

Más que arrojado musgo envilecido,

Más grosero que mirto sin cultura,
 Más que yerba sardonía en la amargura
 Séate yo, si no me ha parecido
 Hoy un año sin tí. Vacada mía,
 Dejad los prados, id, que muere el día.

CORIDON.

Claros veneros y limosa fuente;
 Muelle yerba do quier, que el prado alfombras,
 Y madroños, que os cubren con sus sombras,
 Mi ganado amparad del can ardiente.
 Las yemas en la vid van reventando,
 Y el estío vendrá luégo abrasando.

TIRSIS.

La leña en nuestro hogar tan abundante,
 Que el fuego las paredes y las puertas
 Continuo del hollin tiene cubiertas;
 Y así á Bóreas tememos cual rapante
 Voraz lobo á ganados numerosos,
 O á sus márgenes rios caudalosos.

CORIDON.

En sus árboles penden por do quiera
 Nebrinas y castañas erizadas;
 Las frutas por el suelo están tiradas;
 Brilla en todo natura placentera:
 Mas si Amarilis deja ora estos prados,
 Veránse hasta los rios agotados.

TIRSIS.

Se agosta el campo ya, y el aire ardiente
 Va la yerba en aristas deshaciendo;
 Baco su vid sombría va perdiendo:
 Mas si viene mi Filis, de repente

La selva toda brotará, y al prado
 Bajará Jove en lluvia desatado.

CORIDON.

El álamo de Alcides es querido;
 El sarmiento de Baco; el oloroso
 Mirto de Vénus; y de Febo hermoso
 Es el lauro: mas Filis ha escogido
 El avellano, y miéntras lo prefiera
 Ninguno al avellano le supera.

TIRSIS.

En las selvas el fresno bien parece,
 Como el pino en los huertos; cabe el vado
 De los rios el álamo poblado;
 Y el abeto en los montes donde crece:
 Mas si conmigo, oh Filida, vinieras,
 Más que ellos á mi lado aquí lucieras.»

MELIBEO.

Así cantaron: Tirsis se esforzaba
 Vanamente en vencerlo, y no podia;
 Que su rival cantando le excedia,
 Y siempre á su pesar atras quedaba.
 Y desde entónces Coridon tan solo
 Cantando es para mí segundo Apolo.